

Otra conversación más con Mario Góngora

Juan de Dios Vial Larraín

Hace algún tiempo fui invitado por una historiadora italiana a dar un testimonio personal acerca de Mario Góngora, a través de lo que fue una larga amistad, que seguramente ha sido una de mis mejores experiencias humanas. Se me preguntaba sobre momentos significativos en los que me encontré con Góngora, casi en términos de una encuesta. Decidí dar una respuesta global. Me propuse hablar tras el cristal tembloroso de la memoria y de la amistad, evocando situaciones, en lo que hubiera podido ser una conversación más con Mario Góngora. De ahí la perspectiva subjetiva, el carácter muy personal de estas notas que, entonces, escribí.

El comienzo preciso de lo que fue mi amistad con Mario se me pierde en las nubes del tiempo. Creo que primero nos encontramos en ESTUDIOS, la revista que dirigió Jaime Eyzaguirre, y probablemente fue a través de Jaime Eyzaguirre que le conocí. Recuerdo también un encuentro en un congreso de estudiantes en Valparaíso, por los años cuarenta; escapamos con hastío de una de las fatigosas sesiones propias de este género de actos y vagamos conversando por Viña del Mar. Advertí, entonces, su gran reserva y su pasión intelectual. Nos encontramos más tarde en un seminario sobre la *Metafísica* de Aristóteles, que hiciera Ferrater Mora en el viejo Instituto Pedagógico, al que asistían cinco o seis personas. La seca y entrecortada arquitectura racional del pensamiento metafísico de Aristóteles no estaba en su vena, pero merecía un profundo respeto de su parte; sus intereses en la historia medieval y en la Colonia americana le obligaban a acercarse a esta fuente.

Nada sabía yo del pasado de Góngora, del que nunca me habló; indirectamente me enteré que había estudiado Derecho en la Católica y que había participado en política, un tiempo cerca del Partido Comunista y luego en los inicios de la Falange Nacional. En ese pasado había un viaje a Europa en los años treinta, en la época de los frentes populares y de la influencia del marxismo en intelectuales que fueron invitados a la URSS, como Gide, que seguramente alcanzaron transitoriamente a Mario, cuyo total rechazo del marxismo fue, después, tan neto.

Hubo luego una especie de conversión religiosa ligada al sacerdote Juan Salas, quien tuvo influencia espiritual en hombres como Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira, Rafael Gandolfo, Armando Roa, Julio Philippi y otros. En torno a

la exégesis bíblica en el estilo de Lacunza se produjo una especie de *revival* que marcó fuertemente a esas figuras tan significativas de nuestra intelectualidad. Salas profesaba un milenarismo cuya fuente era la célebre obra sobre la venida del Mesías del gran teólogo chileno colonial.

Esta experiencia influyó poderosamente en la visión histórica de Mario Góngora. Políticamente se acercó entonces a los grupos cristianos que formaron la Falange, punto de partida de la actual Democracia Cristiana. Mario dio una conferencia sobre filosofía política cercana al pensamiento de Maritain, que fue uno de los documentos intelectuales de esos movimientos políticos, aunque mantuvo luego una posición distante de la de falangistas y democratocristianos, la posición de un intelectual independiente, aunque próximo por vínculos generacionales con aquellos grupos.

Otro episodio de mi encuentro inicial con Mario Góngora está ligado a la venida a Chile del filósofo italiano Ernesto Grassi, por los años cincuenta. En esa época Gómez Millas funda el Instituto de Investigaciones Histórico Culturales, que dirigirá Mario Góngora, y bajo este alero Grassi publica una colección de textos de Lorenzo Valla, de Vico, traducido por Ricardo Krebs, de Heidegger —la *Carta sobre el Humanismo*— traducida por Alberto Wagner de Reyna. El Instituto se reunía los sábados por la mañana entre los libros de la biblioteca del profesor Montebruno y recibía visitantes extranjeros muy eminentes, entre los que recuerdo a los historiadores franceses Ferdinand Braudel y Marcel Bataillon y al arqueólogo español Pericot García. No olvido los debates que en alguna de esas mañanas sostuvo Mario Góngora con Félix Schwartzmann acerca de Spengler, o con Luis Oyarzún, sobre Lastarria.

Un momento culminante de mi amistad con Mario tiene lugar más tarde, en la década de los sesenta, cuando fundáramos *Dilemas*, a la que llamamos *Revista de Ideas*. El origen de la revista está en unas vacaciones en Valparaíso y Viña del Mar y en largas conversaciones sostenidas ese verano por la costanera de Playa Ancha. Nos propusimos hacer una revista de carácter rigurosamente intelectual, despojada de todo aparato técnico, que fuera un testimonio de nuestras más personales apreciaciones e inquietudes, como lo dice el primer editorial, que escribimos juntos, en párrafos alternados, con correcciones recíprocas. Recuerdo haber insistido en que los artículos debían tener un límite definido y un lenguaje común, puntos en los que al principio chocamos, pues Mario parecía no tolerar que se le forzara a abreviar o allanar su exposición. Después pasó a ser el primero en reclamar el cumplimiento de esas normas, desde luego para sí mismo, lo que le permitió escribir en *Dilemas* varios ensayos breves y sustanciosos que, a mi juicio, son piezas claves para la comprensión de su espíritu.

Mario Góngora sentía por la filosofía un gran respeto e interés y poseía una cultura filosófica fundamental. No era, sin embargo, un espíritu filosófico. El resistía a ese costado secamente racional del pensar filosófico puro. La especulación teórica, más estrictamente propia del pensar filosófico no iba con su espíritu. Pero la inspiración de las grandes ideas sí le tocaba, en especial aquellas que apuntan a la experiencia íntima, a la configuración del alma y a sus formas. Uno de los últimos actos en que participamos juntos giró alrededor del humanismo y la cultura —temas que le eran muy caros— y su participación se fundó principalmente en los tipos de saber distinguidos por Max Scheler, entre los que puso de relieve el llamado por Scheler “saber de salvación”. Muy joven había escrito en *Estudios* algo sobre Pascal en la misma línea. En fin, dentro de su interés por la filosofía, recuerdo que alguna vez me propuso que emprendiéramos la traducción de un largo escrito de Nicolai Hartmann sobre filosofía de la historia. Durante meses nos reunimos periódicamente y ensayamos una versión al castellano, más que todo a modo de ejercicio para aprender el alemán que daba pretexto para discutir los conceptos de Hartmann. La traducción se publicó en una revista que no he vuelto a ver y dudo mucho de su corrección, debido a que Mario, que sabía bastante alemán, no sentía ninguna devoción por este tipo de trabajo y mi propia competencia en la materia es casi nula.

Durante mucho tiempo el historicismo representó una especie de techo intelectual de su saber de historiador. Apreciaba el libro de Meinecke y retrotraía las formulaciones más modernas y filosóficas del historicismo a una visión romántica que le ganaba profundamente. Recuerdo haberle oído decir que su vocación histórica se despertó de muy joven con la lectura de Walter Scott. Leyó y meditó a varios de los mayores románticos alemanes y especialmente le cautivaba

la especulación en torno a los símbolos, a las grandes ideas de filiación religiosa, o que expresaran intenciones anímicas profundas. Profesó siempre simpatía por Spengler, por sus grandes visiones, sin desconocer los aspectos frágiles de la especulación spengleriana. Este es otro de los grandes méritos espirituales de Góngora: jamás se dejó arrastrar por modas, por tópicos, por pseudoprestigios, permaneció siempre fiel a su propia visión, a sus convicciones y preferencias, sin ningún fanatismo ideológico, pero con profunda lealtad espiritual. De las monografías contemporáneas recuerdo su admiración por el libro de Huizinga sobre la Edad Media, al que le oí calificarle como una joya.

Su personalidad intelectual se alimentaba —a mi entender— de tres vertientes espirituales. La primera, de índole religiosa; no mística, sino más bien ética. Esta raíz religiosa de su personalidad se proyectaba en formas psicológicas severas y atormentadas, y era, tal vez, la fuente de una visión fuertemente crítica de la sociedad y de la historia. No es que profesara una visión teológica de la historia; ni menos algún género de concepción teocrática; pero veía a los hombres y a las culturas en una proyección trascendente, con una gran sensibilidad para los valores superiores. Pero esto, a la vez, volcaba su ánimo a un profundo pesimismo. Escritos finales de Spengler, cartas y memorias suyas; también textos de Burckhardt, marcados por ese signo, encontraban eco en su alma, que vivía con angustia la crisis de la Iglesia Católica, ese volcarse a “lo social” como Góngora gustaba decir y que él miraba como enajenación de la fe religiosa. Así también miraba con angustia la decadencia de Europa, la profanación de formas del alma que Góngora siempre veneró, por una mentalidad mecanicista y tecnocrática.

La segunda de sus vertientes espirituales provenía de su sensibilidad estética. Amaba la poesía, la pintura; no así la música, que le era más bien ajena. Recuerdo oportunidades en que me leyó algún poema de Huidobro, de Stefan George o de Rilke, que le conmovían. No era nunca el verso fácil o brillante y ni siquiera original; era el poema testimonial, la expresión justa de una experiencia del alma. Su sensibilidad para la pintura era de la misma índole. No estaba mezclada con los intereses del historiador, para quien la imagen plástica puede ser, nada más que como imagen, un documento muy valioso.

La tercera vertiente de la personalidad intelectual de Mario Góngora estaba constituida por su sentido de la institucionalidad y del derecho, que fuera, este último, una de las bases de su formación. Su comprensión de las normas, de las instituciones y del derecho era profundamente histórica no porque atendiera solamente a las variaciones y configuraciones que adoptan en el curso del tiempo, sino en cuanto son ellas peculiares estructuras reveladoras de un mundo histórico. A este respecto, recuerdo la simpatía con que acogió mis observaciones a ese gran libro suyo, que fue su primera obra, sobre el Estado en el Derecho Indiano y que incidían en un tema de este libro que me interesó en

particular: el fenómeno del incumplimiento de la ley durante la época colonial. En efecto, desde un punto de vista histórico, puede ser más rica la observación del incumplimiento, sus motivos, sus circunstancias, sus efectos, que la del cumplimiento de las leyes, que más bien puede reflejar nada más que su abstracta intencionalidad.

Las estructuras institucionales pesaban mucho en su espíritu de historiador, casi a la par que las formas más sutiles y personales de la vida espiritual. En ello debe verse una asimilación en profundidad de su formación jurídica robustecida trascendentalmente con la lectura de los románticos alemanes. En este sentido Mario Góngora fue un enemigo de la revolución y también del nuevo voluntarismo democrático y un amigo del Estado. Su sentido agudo de los valores hacía de él un aristócrata de verdad, con recelo, sin embargo, hacia la aristocracia como clase, no necesariamente fiel a los valores que representa.

De este modo la visión de la historia de Mario Góngora podría ponerse dentro de pautas aristotélicas, en tanto lo que buscaba era la comprensión del momento concreto en su singularidad. Y en tanto lo perseguía con una intuición análoga a la que comprende la obra de arte, esto es, con una intuición que fuera capaz de penetrar hasta la profundidad ético-religiosa que anima desde dentro el momento histórico y de llegar hasta las estructuras institucionales que éste asume. Un ascetismo propio de su espíritu le llevaba, sin embargo, a comenzar por estas dimensiones institucionales más externas y comprobables. Algunos de sus amigos se sorprendían, por eso, de ver a Mario sumido en una investigación sobre el valle del Puangue, o sobre fenómenos sociales muy localizados y en apariencia de muy escasa trascendencia, que parecían reprimir y hasta frustrar los vastos horizontes de su saber y de su cultura. Lo que en realidad estaba en juego era, yo diría, su moral científica, su deseo de hablar con rigor y precisión y de ver operar los principios que intuía en el terreno más concreto y donde el rigor de su pensamiento pudiera ejercitarse.

Por las mismas razones Góngora sentía una gran reserva crítica frente a las tentativas de encajar la historia en marcos científicos preestablecidos, cuanto de reducirla a un registro de aparentes datos y hechos. Recuerdo las reservas, reticencias y casi antipatías hacia el movimiento de los historiadores franceses reflejado en la revista *Annales*, que, por lo demás, publicara un artículo suyo, o hacia el pensamiento de Levi-Strauss, cuya *Antropología Estructural* defendí frente a lo que me parecía una intrasigencia de Góngora, que hoy me siento bien dispuesto a comprender. Recuerdo también su molestia cuando escucháramos las críticas de Braudel al historicismo, hechas en rotundas y brillantes afirmaciones. El hombre de Dilthey, nos dijo una vez, no come, ni tiene casa y, en consecuencia, yo no sé por dónde pasa su historia.

Braudel mostraba, en cambio, un interés grande por los estudiosos franceses de la estadística, por ciertos tipos de matemática aplicada, por las variaciones en los precios del trigo, o en el clima. Góngora le escuchaba con respeto, pero se retraía con disgusto; con juvenil pretensión intenté alguna resistencia y el mayor aliento lo recibí, con sorpresa, del propio Braudel, que celebraba cualquier oposición para darse el gusto de demolerla y precisar sus tesis. Marcel Bataillon era, en cambio, más fino, cauteloso y discreto, aunque menos influyente, que su gran colega. Mientras Bataillon había investigado con notable sutileza la influencia de Erasmo en una época determinada y en un lugar singular, como España —un tema óptimo, pienso, para el mismo Góngora—, Braudel no vaciló en abarcar todo el mundo mediterráneo durante un siglo, o todas las civilizaciones contemporáneas, en obras que son, por cierto, grandes monumentos de la historia en este siglo.

Mario Góngora, en la escala americana, conjugaba valores de ambos maestros franceses —por poco que se entendiera con ellos—: la finura en la captación de la historia de las ideas y de las formas espirituales de Bataillon y la justa apreciación de los movimientos sociales y económicos aunque con un sentido más institucional, más conservador y jurídico, más ético, en definitiva, del que Braudel practicara.

Mario era hombre austero, ascético, que mantenía con rigor un acompasado régimen de vida. Descuidaba todo lo que le parecía superfluo o inadecuado, hasta la intolerancia. Odiaba la sociabilidad convencional de la que procuraba escabullirse con verdadera angustia. No admitía el lenguaje vulgar, el gesto ordinario o presuntuoso. Parecía seco y cortante, pero era ésta más bien una malla defensiva de su cuidada privacidad. Le gustaba ir al grano y dentro de lo preciso. Recibí con frecuencia llamadas telefónicas suyas en horas a veces inesperadas en las que decía sólo un par de frases y se despedía. Daba conferencias en las que hablaba como para sí mismo, sin el menor énfasis, sin ningún artificio retórico y después de decir alguna cosa bien notable, pero como si hiciera un comentario sobre el clima, repentinamente agregaba “eso era” y se retiraba.

Sucesivamente han ido desapareciendo en los últimos años personalidades ejemplares de nuestra cultura espiritual. Fue Jaime Eyzaguirre, primero; Rafael Gandolfo, luego; después Jorge Millas y últimamente Mario Góngora. Algunos con extrema violencia —es el caso de Eyzaguirre y Góngora—, todos, diría yo, con injusticia por lo que tenían todavía que decir. Mario Góngora no tuvo la vigorosa pasión ideológica de Jaime Eyzaguirre. No tuvo el humor triste y la voluntad racionalizadora de Jorge Millas, ni el libre goce estético de Gandolfo, pero fue quizá el intelectual más severo y el mayor hombre de ciencia de todos ellos.